



ALMAS GEMELAS

RITA MAE BROWN

Enclavada justo en la línea Mason-Dixon, la pequeña Runnymede, Maryland, está llena de una historia casi tan colorida como las mujeres que la habitan: desde Celeste Chalfonte, testaruda y aristocrática, que asesina por principios y roba a la esposa de su hermano, hasta Fannie Jump Creighton, que dirige un bar clandestino en su propia casa cuando los tiempos difíciles llaman a la puerta. Y, por supuesto, están Louise y Julia, las audaces y excéntricas hermanas Hunsenmeir. Wheezie y Juts se pasan toda la vida en Runnymede, discutiendo alegremente sobre todo, desde los hombres hasta la crianza de los hijos o cómo conducir un coche. Pero nunca dejan que la vida pueblerina les impida perseguir sus mayores sueños, o ser fieles a lo que realmente son.

*Para
Julia Ellen Brown,
de soltera Buckingham*

Nacida Aparentemente inmortal
6 de marzo de 1905

Agradecimientos

Juro solemnemente que nunca redactaré unos agradecimientos diciendo cosas como. —«A mi querida esposa, mi infinita gratitud por traerme tazas de café, cortar el césped y soportar mi desentendimiento de los quehaceres de la casa». Aunque algún día tenga esposa, prometo no escribir nunca nada parecido.

Sin embargo, algunas personas me han prestado una gran ayuda en la realización de este libro. Diana Williamson durante meses buscó en la biblioteca detalles curiosos, tales como la época en que se comercializaron por primera vez las cremalleras. También me corrigió la ortografía y en más de una ocasión me recordó dónde tengo el diccionario.

Sylvia Kaneko, Susan Smitman y Elaine Spaulding me hicieron interesantes comentarios después de leer el primer borrador.

Marty Gibbons y Sharon Deevey asaltaron la Biblioteca del Congreso en mi nombre. También me dijeron que podía hacer lo que me propusiera y las creí.

Colleen Moreland y Linda Damico me prestaron dinero para que tuviera comida y techo mientras escribía.

Baby Jesús, mi vieja gata, cada día me traía un ratón para aliviar mis trabajos. Conociendo el gran valor del regalo para su mentalidad gatuna, me sentía verdaderamente inspirada. Fripp, mi otro amigo peludo, se comió una buena parte de las notas de investigación, con lo que hizo necesaria la invención.

No tengo nada que agradecer a la persona que mecanografió el manuscrito; cobró más que suficiente.

Ya que es mi libro y puedo poner lo que se me antoje, dejadme que anime a las siguientes personas a que escriban su propio libro. Así no tendréis que depender de mí en cuestiones de lectura:

Dra. Annella Brown

Tanya Slover

Charlotte Bunch

Tina Smith

Amy Gross

Elaine Spaulding

Sally Ann Harrison

Gloria Steinem

Arnold Reisman

Joan Tewkesbury

Mención especial

Esta obra ha sido objeto de una beca de la Asociación de Escritura Creativa instituida por la Fundación Nacional para las Artes.

El Departamento de Artes y Humanidades de Massachusetts me concedió una beca sin la que no habría podido seguir trabajando.

Espero que los gobiernos federales y estatales amplíen sus programas de ayuda a las artes. Ya es hora de abandonar esa actitud puritana que nos lleva a tratar a los artistas como si fueran a la vez un lujo y un mal necesarios. Los artistas americanos son uno de los recursos nacionales, esencial para el desarrollo de nuestra vida espiritual/cultural. Sin arte, no hay renovación.

21 de mayo de 1980

He regalado a mi madre un coche nuevo y a la tía Louise de poco le da un ataque. Andan a la greña como dos gallos de pelea desde 1905, el año en que nació mamá. La primera gran riña que recuerdan fue por una cinta de colores para el pelo, en 1909. Juts (mamá) dice que Celeste Chalfonte se la dio por ser una encantadora, dulce y preciosa niñita y Louise cogió celos. Desde entonces se han llevado de mal en peor.

Louise va pregonando una versión diferente del trascendental asunto. Dice que Celeste Chalfonte le regaló la cinta a ella por ser una encantadora, dulce y preciosa niñita. Juts, ese demonio envidioso, se la arrancó de la cabeza llevándose de paso algún mechón de pelo, raíz incluida. Puesto que ya tenía siete años, Louise se abstuvo de sacudirle el polvo a su hermana y decidió ir a quejarse del robo a su madre, Cora Hunsenmeir, con la esperanza de que ella lo hiciera. Cora, la justicia personificada, le devolvió la cinta a Louise. Desde ese día, Juts se reconcome de envidia. Louise jura que fue así.

Estamos en mayo de 1980 y todavía no he sido capaz de desentrañar quién fue el verdugo y quién la víctima. Cambian los papeles regularmente, como el día sigue a la noche, según qué hermana se vuelve contra la otra. Se acaba de oír un portazo en la entrada. Es la tía Wheeze^[1] (Louise).

—Juts, veo que preparas huevos a la vinagreta.

—Ves bien. ¿Quieres uno?

–No, les pones demasiado azúcar. A mí los huevos me gustan un poco más agrios.

–¡Lógico!

–¡Qué graciosa! No puedo abrir la boca delante de ti, o de esa condenada niña que recogiste de la calle en 1944.

–Louise, es mi hija igual que si la hubiera parido.

–¡Ja! No sabrás nunca lo que es ser madre. Para eso tendrías que haberla llevado en tus entrañas. Sangre de tu sangre y carne de tu carne. Es una experiencia mística, espiritual; pero no espero que lo entiendas. No me escuchaste en 1944 y tampoco me vas a escuchar ahora.

–¡Y una mierda pa' tu boca! Pasearse por ahí como un sapo hinchado no hace madre a ninguna mujer. Ser madre es criar a un hijo.

–Pues bonito trabajo hiciste. Nickel dejó de ir a la iglesia, dejó la ciudad y te dejó a ti, y ahora anda escribiendo libros que son la vergüenza de toda la familia.

–Si no quieres que la gente sepa nada de tu vida, mantén la boca cerrada.

–¿Cómo iba a saber que esa mocosa se acordaría de todo?

–Pero, Wheeze, si estarás muerta y seguirás dándole al pico. No solo le cuentas tus historias a Nickel; si tuvieras una emisora de radio, se las contarías a todo el que te sintonizara.

–¡Mentira cochina, marrana, gorrina!

No lo soporto. Salgo a intentar calmarlas.

–¿Ya estáis las dos otra vez?

La tía Louise se gira en redondo para recibirme.

–Se necesita frescura, Nicole Smith, para dejarse ver por esta casa.

–¿Por qué? Es la casa de mi madre.

–Escribir historias para reírse de mí, Gran Regente de las Hijas Católicas de América por el Gran Estado de Maryland. Me muero de vergüenza.

–Dudo que tengamos tanta suerte.

–Nickel, no hables así a mi hermana.

–Jesucristo en patinete.

–¡Lo ves, Juts, lo ves! Ahí tienes las consecuencias de que se haya apartado de la Iglesia, que va por ahí riéndose de lo más sagrado.

–Tu tía Louise tiene razón. Ten un poco de respeto.

–Me vuelvo a la solana. Sois irreductibles. Mamá ¿puedo coger un huevo a la vinagreta?

–Cógelo y vete. Louise y yo tenemos cosas de que hablar.

Al cerrar la puerta, oigo a Louise que pregunta en un susurro ensordecedor:

–¿Irreductibles? ¿Qué significa eso; que somos tontas?

–Nunca sé si me está insultando. Es un calvario tener una hija con estudios.

Dos pares de pies se apresuran hacia el diccionario grande que mamá guarda bajo la mesilla del café. Oigo el crujido de las páginas.

–Louise, búscalos con dos erres.

Me imagino las dos cabezas grises inclinadas sobre el Webster. En cuanto hayan encontrado «irreductible» volverán al ataque con fuerzas renovadas. Setenta y cinco años de amor y odio es mucho tiempo.

6 de marzo de 1909

Celeste irrumpió en la cocina como un fragante tornado. Louise y Julia Ellen levantaron la vista del libro de estampas.

–¡A ver la niña que cumple años! Julia Ellen, aquí tienes algo para tu bonita cabeza –dijo Celeste dándole una cinta de alegres colores.

–Gracias, *miss* Chalfonte.

–*Miss* Chalfonte, no se olvide de que mi cumpleaños es dentro de tres semanas. –Louise estaba deseosa de asegurarse.

–Lo sé. ¿Qué tal ha ido hoy el colegio?

–A Yashew Gregorivitch le azotaron.

–¡Qué interesante! –dijo arqueando la ceja derecha–. Seguid jugando. Vuestra madre vendrá en cuanto acabe con la plata.

Celeste desapareció tras la puerta de la cocina dejando un rastro de perfume. Julia intentó hacerse algo parecido a un lazo en lo alto de la cabeza, estilo paño caliente para el dolor de muelas, pero sus pequeños dedos no eran lo bastante hábiles.

–Wheezie, ayúdame.

En cuanto tuvo la cinta en sus manos, Louise empezó a negociar.

–Te haré el mejor lazo del mundo si me la dejas llevar mañana al colegio.

–No.

–Te dejaré jugar con mis canicas.

–No. Dame mi cinta.

–No estires, Julia. No es propio de señoritas.

–Hazme el lazo o devuélveme el regalo.

–Egoísta.

–No soy egoísta. Es mi cumpleaños.

–Piensa en lo feliz que me harías si me la dejaras llevar mañana.

–Ya serás feliz en tu cumpleaños. Dame mi cinta.

Julia cogió a Louise por el brazo y se lo *frotó con ánimo* de hacerle una escocedura.

–¡Para!

–Dame mi cinta.

–¿No te das cuenta? Somos cristianas. Eso quiere decir que tenemos que compartir.

–Dame mi cinta.

–¿Quieres ir al infierno y tener una cola roja que te cuelgue por detrás?

La amenaza consiguió que Julia la soltara.

–¿Una cola?

–Roja y brillante como la del demonio.

–Louise, te lo estás inventando.

–No. Pregúntaselo a mamá.

Julia salió disparada por la puerta de la cocina y encontró a Cora sacando brillo al último tenedor.

–Mamá, Louise dice que si voy al infierno, tendré una cola roja colgando por detrás.

–¿Es que piensas dejarnos pronto?

–¿Es verdad? ¿La gente tiene colas rojas?

–Niña, no me marees con esas cosas. ¿Cómo quieres que conozca las costumbres de un lugar tan caluroso?

Desconcertada, Julia volvió a la cocina.

–No lo sabe.

Louise aprovechó la situación.

–Que ella no lo sepa no quiere decir que no sea verdad. ¿Tú no quieres ir allí, verdad?

–No. Devuélveme mi cinta.

–Irás directa al infierno. Déjamela llevar mañana.

–No. –Juts se lanzó de nuevo contra ella, pero Louise la esquivó.

–Tienes que compartir. Eres cristiana.

Cargada de razón teológica, Louise entrevió un cuchillo junto al fregadero y antes de que Julia pudiera detenerla, cortó la bonita cinta por la mitad.

–Aquí tienes, te he salvado del tormento eterno.

Juts cogió el lastimoso trozo que le tendía, se sentó en el suelo y empezó a llorar. Su llanto resonó por toda la casa.

Cora entró decidida en la cocina.

–¿Qué pasa aquí?

–Wheezie me ha robado la cinta de pelo.

–¡Mentira cochina, marrana, gorrina!

–Para ya, Louise. ¿Le has cogido la cinta de pelo?

–No, mamá, mira; la tiene en la mano.

–Eso parece.

–¡Buaa! La ha cortado en dos.

–¿Qué tienes ahí detrás? Trae esa mano.

De mala gana, Louise adelantó la mano.

–Ábrela.

Allí, en la palma de la mano, apareció la otra mitad de la cinta, arrugada.

–Mamá, Jesús dijo: «Pide y te será dado».

–¿Qué tiene que ver Jesús con el regalo de cumpleaños de tu hermana?

–Se lo he pedido y no me lo ha querido dar, y entonces he cogido la mitad. Así Julia no tendrá problemas con Dios.

–El Señor actúa por caminos misteriosos, Louise Hunsenmeir, pero yo no. –Cora le dio unos buenos azotes—. Sabelotodo. Así aprenderás a no estropear el regalo de tu hermana. Cuando sea tu cumpleaños dentro de tres semanas, lo repartiré todo entre tú y Julia Ellen.

–¡No! ¡No! –chilló Louise.

–Es mejor dar que recibir –le recordó Cora tranquilamente.

Juts, consolada al ver el disgusto de Louise, le arrojó la cinta.

–Mamá, ahora tiene la cinta entera. ¿Podré quedarme con todos sus regalos de cumpleaños?

–¡Ni hablar! –protestó Louise con un grito agudo.

–Dios mío, eres tan mala como la otra. No sé qué voy a hacer con vosotras dos. Poneos los abrigos. Nos vamos a casa.

21 de mayo de 1980

–¿Qué narices está haciendo ahí fuera?

Juts se acercó remoloneando a la ventana para ver qué era lo que provocaba la exclamación de su hermana.

–Da volteretas junto a los dientes de león.

–¿Pero no ha cumplido ya los treinta y cinco?

–Cumple treinta y seis en noviembre.

–Juts, llámala antes de que la vean los vecinos.

–¡Qué diablos, Louise! Nuestra madre daba volteretas cuando tenía más de cincuenta.

–Nuestra madre no tenía educación. Nickel, sí.

–Anda y pon la televisión; así te olvidarás de ella.

–¡Por Dios! Siempre estás defendiendo a esa mocosa.

–Es mi hija.

–Ya sabes lo que pienso de eso.

–Sí, y mejor lo dejamos estar. Toda la ciudad sabe lo que opinas de Nickel, Jesús, Roosevelt y Amelia Earhart, por no hablar de Sonny y Cher.

–A lo mejor saben lo que pienso, pero no me lo ven todo. Ayer bajaste a la plaza en mallas. Me lo ha dicho Orrie Tadia.

–¿Y qué?

–A los setenta y cinco años ya no se llevan mallas. Y las gafas que te plantificas en la nariz son una desgracia; gafas de abuela.

–Soy lo bastante vieja para ser abuela; tú misma lo has dicho hace un minuto. Te he oído con estas orejas mías.

–No te hagas la lista conmigo, Julia Hunsenmeir. Ya sabes lo que quiero decir. Todos los jóvenes llevan esas gafas. No entiendo por qué no haces como yo y te buscas algo más propio de tu edad.

–Llevas tantos diamantes falsos en las gafas que cuando les da el sol, deslumbras a todo el que se te cruza.

–Eres tan inmadura que no sé por qué me molesto en hablar de nada contigo.

–¡Louise es una lameculos de mona! –Juts canturreó el insulto infantil con la seguridad de que conseguiría tocarle la pera a su hermana mayor.

–No he venido a que me insulten –Louise volvió a mirar por la ventana–. Y todavía sigue. Juts, dile que pare.

–Ni hablar. Creo que yo también voy a intentarlo. –Julia abrió la contrapuerta y gritó–: ¿Quieres ver hacer el ridículo a tu vieja madre?

–Claro, mamá.

–Julia, no te atrevas. Te romperás algo.

–¡Bobadas!

–Julia, cuando nuestra madre murió me encomendó que te cuidara. No te atrevas a salir ahí y enseñar el culo.

–¿Quieres que me ponga las mallas? Así no se me levantará la falda.

Juts salió decidida por la puerta, seguida a dos pasos por Louise, que no dejaba de remugar.

–Julia Ellen, yo me tomo en serio mis responsabilidades. Ese fue el último deseo de nuestra madre. No te atrevas a dar la voltereta. Te romperás la cadera.

–Mamá ¿de verdad vas a dar una voltereta?

–¡No lo dudes! –Y con eso, Julia Ellen cogió carrerilla, dio un brinco y rodó sobre sí misma. Aunque no le saliera perfecta, fue una buena voltereta.

–Se ha roto algo, seguro que se ha roto algo –gritó Louise con toda la fuerza de sus pulmones y fue corriendo hasta donde estaba Julia, sofocada pero triunfante.

–Mamá, ha sido magnífico.